

nuestro corazon, y haria oír en los miembros de tu cuerpo místico esa armonía feliz, que es el efecto mas precioso de la caridad.

Dichosa paz, que haria de la tierra un verdadero cielo, un paraíso anticipado, una figura sensible de la celestial Jerusalem, de esa Jerusalem, de quien dice con entusiasmo uno de tus Santos, que en ella sola se anunciará la paz, que las calles resonarán con la paz, que los ciudadanos no cantarán sino cánticos de paz, que la comida en ella será la paz, y que el Dios que hará las delicias de sus Santos, será conocido con el nombre de Dios de la Paz; danos, pues, esta paz, oh Divino Cordero, tú que has venido á pacificar el cielo y la tierra, dánosla en el tiempo y por toda una eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

DOMINE JESU-CHRISTE.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 14. vers. 27.

La paz os dexo, mi paz os doy.

EN estas pocas palabras encontramos toda la ventaja y grandeza del Testamento nuevo. En el momento en que debe tener este Testamento toda su fuerza con la muerte del Testador, es quando dice Jesu-Cristo á sus Apóstoles: *mi paz os dexo*, y ella será para vosotros un consuelo continuo de mi ausencia: os la dexo no como un bien

que no me pertenece, sino como una posesion que voy á adquiriros con mi sangre, y de la qual puedo disponer como de cosa propia. *Mi paz os doy;* y esta paz, que verdaderamente es mia, nadie puede procurarla sino yo, de manera que todo aquello que el mundo llama paz no es mas que turbacion, agitacion é inquietud.

No me admiro, pues, hermanos mios, que la Iglesia diga estas mismas palabras en las oraciones que dirige á Jesu-Cristo ántes de la Comunión. Ella acaba de pedirle la paz, despues de haberle suplicado que mire á su pueblo con ojos de compasion y de misericordia, y ahora parece que se vale de sus promesas mismas para conseguir el mayor de todos los bienes.

Esta oracion debemos considerarla como una extensión de la oracion Dominical, y en efecto, es una consecuencia de estas palabras: *libranos de mal.* La paz que pide la Iglesia es la proteccion contra sus enemigos, y la libertad de todos los males que amenazan á sus hijos. No trato aquí de la antigüedad de esta fórmula, que no se encuentra en los antiguos misales ro-

manos; pero que sin embargo se dice en la mayor parte de las Iglesias desde el siglo nueve. Tampoco trato de los motivos que han obligado á suprimir en las Misas de difuntos las oraciones que miran particularmente á los vivos. La simple lectura, de la que vamos á explicar, nos dexará sin duda concebir que ella no es aplicable á los fieles detenidos en el lugar de expiacion, y que tampoco se solicita para ellos la proteccion contra los enemigos de la salud, pues que la fuerza del maligno espíritu no puede prevalecer contra la mano poderosa de Dios. Asimismo no se pide que vivan en paz y estén unidos entre sí, porque lo están tan estrechamente por los mismos tormentos que los purifican, y por la misma esperanza que los sostiene, que son el modelo de la union que deberian tener los Cristianos, y de la compasion que debieran manifestar á las necesidades y trabajos de sus hermanos. No es, pues, de admirar el uso constante que se ha observado en la Iglesia de suprimir esta oracion en las Misas de los difuntos, porque ella realmente solo es aplicable á los que están co-

mo nosotros expuestos en un destierro á padecer toda suerte de trabajos, á cometer mil pecados, y á ver turbada nuestra paz y la de la Iglesia con discusiones y agitaciones continuas.

Esta oracion y las dos siguientes se dirigen á Jesu-Cristo, es decir, á ese Cordero mismo que poco hace mirabamos cargado con nuestros pecados, y á quien queriamos interesar para que nos mirase con ojos de misericordia. En ella le repetimos las mismas palabras que dixo por su boca: *mi paz os dexo, mi paz os doy*, y es como si le dixese la Iglesia: nada os pedimos ahora sino un bien que miramos como propiamente nuestro, porque nos le habéis dado despues de haberlo adquirido al precio de vuestra sangre, un bien que nos le habéis dexado como una señal de la alianza hecha con nuestra naturaleza. Esta paz era exclusivamente vuestra; por lo qual á solo Vos la pedimos. El mundo da la paz; pero no de la misma manera que Vos, segun nos habéis enseñado. Es verdad que puede comprarse alguna vez la paz con los bienes de la tierra; pero ella es tan frágil como los bienes mismos que han

servido para adquirirla. La paz que os pedimos y que nos dais es verdaderamente la paz del corazón, la paz de una conciencia irreprehensible. Ningun derecho tiene el pecador á ella mientras que persevera en su pecado. En vano le dirian vuestros ministros para lisonjearle que puede encontrarse la paz en medio de los placeres; porque ya le habéis advertido que no es aquí donde se encuentra. Nosotros que somos pecadores, y que os rogamos por los pecadores nuestros hermanos, ¿la podremos prometer y asegurar á vuestro pueblo? ¡Ah, no mireis en este momento la muchedumbre de nuestros pecados! Si el objeto de vuestro Sacrificio os recuerda necesariamente los pecados que habéis venido á expiar, acordaos tambien que ya no son nuestros desde que os habéis cargado con ellos; que su número no iguala á vuestros méritos; que su enormidad no disminuye á los ojos de Dios el valor de vuestros tormentos, y que un Hijo único obediente hasta la muerte cubre á los ojos de la divina justicia una multitud infinita de hijos ingratos y rebeldes, y nos da derecho para

poder decir á vuestro Padre como á Vos: apartad, Señor, los ojos, no los fixeis sobre vuestras desobediencias, vuestras infidelidades y nuestra ingratitude; volvedlos del lado de ese Hijo amado, que es el objeto de vuestras delicias; mirad con ojos de misericordia á vuestra Iglesia; considerad su fe. Esta fe la presenta de una manera sensible á aquel Señor que por un efecto de su caridad se halla baxo de este Sacramento de una manera invisible, pero real. Ella lo ve, y enseña á sus hijos á creerlo con la firmeza que les comunica. Esta es la fe de vuestra Iglesia; haced, pues, que tambien lo sea nuestra, que haga nuestro consuelo en la tierra, y que jamas se altere. Si el espíritu de las tinieblas se complace en obscurecerla con espesas nubes, y en trastornar nuestro entendimiento con indiscretas dudas, haced que se disipen inmediatamente por la luz de vuestra divina palabra, que nos dice: esta es mi sangre, sangre de la nueva alianza, que reconcilia al hombre con su Dios, como tambien con sus próximos, y consigo mismo. Por tanto os pedimos que esta sangre que ha pro-

ducido una sola Iglesia, enlace de tal manera los miembros con la cabeza, que solo hagan un cuerpo. Pacificad esta Iglesia, unidla, porque no será verdaderamente vuestra Esposa sino en tanto que participe de la unidad con su Xefe: ella os pide por esta causa que arranqueis de su seno toda semilla de division, toda raiz de cisma; y si por el interes mismo de vuestra gloria conviene que subsistan los errores y las guerras intestinas, consoladla, recompensad la amargura y los sentimientos que padece, reuniendo á sus hijos de manera que unidos con la Cabeza, vivan de su espíritu, se conduzcan por su luz, se formen sobre sus exemplos, se sostengan por su gracia, y se alimenten de sus promesas; que unidos á la Iglesia su Madre, profesen su fe, obedezcan la Ley, participen de sus Sacramentos y escuchen sus Pastores; que unidos entre sí, reine la paz en sus casas, la dulzura en sus labios, la caridad en sus corazones, la justicia en sus obras, y la verdad en sus palabras; en fin, que esta union no reconozca otra regla que vuestra divina voluntad, y entónces solo procurarán

agradaros huyendo de esa union escandalosa que solo se dirige al pecado, y de esas asociaciones peligrosas fundadas sobre la codicia, el orgullo ó el placer: ellos no participarán de las intrigas y de las juntas de los pecadores, ni tendrán trato alguno con los malos, sino que por el contrario se gozarán en las oraciones y cánticos sagrados, en las verdades que meditan, en los socorros y auxilios que se prestan, y en las resoluciones que forman de amaros y de servirlos. Esta es verdaderamente la unidad de sentimientos que recomendais por vuestro Profeta á los que habitan vuestra casa.

¡ Hermanos míos, no desmintas jamás esta oracion que hace la Iglesia en nuestro nombre! El Apóstol San Pablo les decia á los Cristianos de su tiempo: oygo decir que hay entre vosotros querellas y disputas, ¿ y no podremos los Ministros del Evangelio deciros lo mismo siendo frecuentemente testigos de las divisiones que separan los esposos, que turban las familias, que ponen una especie de antipatía entre hijos y padres, entre hermanos y hermanos, causa de que estén opuestas sus voluntades, de que

quieran hacer prevalecer las inclinaciones personales, de que choquen sus opiniones, y de que los Cristianos vivan entre sí como si cada uno tuviese distinta religion, distintas máximas, distintas esperanzas y distinto Dios? Nosotros ponemos por testigo á Jesu-Cristo de que nos ha prometido la paz, y de que nos ha dado la paz; pero sin embargo cada conversacion es como una declaracion de guerra, donde se abunda en el sentido propio, se combaten las opiniones ajenas, se tienden lazos á la simplicidad de nuestros hermanos, se abusa de su flaqueza, se ponderan y ensalzan sus faltas, y se los trata como enemigos declarados.

Nosotros pedimos que Dios aparte la vista de nuestros pecados; y sin embargo andamos investigando las acciones del próximo para ver si podemos tacharlas de injusticia; y no contentos con esto, penetramos su interior para sondear sus intenciones más secretas, suponiéndonos desde luego malas si no conseguimos descubrirlas; y temiendo que acaso se pierdan de vista sus flaquezas, nos complacemos en divulgarlas y en pintarlas con los co-

lores mas perjudiciales. Nosotros suplicamos á Jesu-Cristo que arregle segun su voluntad el género de paz que nos destina, el modo de conocerla y el tiempo de gozarla; y sin embargo la paz que buscamos es la que se conforma mas con nuestros gustos, la que se acomoda mas á nuestras pasiones, y la que nos dispensa de todas las contradicciones y trabajos. Esta es la paz del mundo; pero la de la Religion se encuentra en la penitencia, en las aflicciones, en los trabajos y en las enfermedades: corremos tras la sombra de la paz, y dexamos escapar la que verdaderamente es la paz de Jesu-Cristo. ¿Y á qué precio compramos esta paz engañosa? ¿Ah, la paz del mundo no puede procurarse sino á costa de condiciones criminales, y entónces se sacrifica la Ley, se contradice la conciencia, se desapruueba y se desconoce la fe! Nada es mas comun entre los Cristianos que decirse unos á otros: yo amo la paz, yo quiero la paz; pero si se les exige el mas pequeño sacrificio para conseguir la paz en el Espíritu Santo, se dexan ver inmediatamente en ellos las disposiciones que no

taba el Profeta en muchos que no tenían la paz sino en sus labios, quando por otra parte estaba agitado su corazon con el tumulto de las pasiones.

Avergoncémonos, pues, de esta contradiccion continua de palabras y de obras: pidamos la paz de la Iglesia; pero apliquémonos á procurarla nosotros mismos, á fin que mientras ella la goza interiormente, no pueda quejarse y llorar por los desórdenes y disensiones de sus hijos. Busquemos segun el pensamiento de otro Profeta la paz de Jerusalem; pero acordémonos que ésta no se encuentra sino en la justicia, que no se conserva sino por la fe, que no se fortalece sino por la caridad, y que es en vano, segun la expresion de un Padre de la Iglesia, que participemos en el exterior de las ventajas de la paz, de que goza esta Ciudad santa, si la guerra cruel de las pasiones despedaza nuestro corazon interiormente. Clamémos, pues, con fuerza, y digamos: pacificad, Señor, los violentos deseos que nos atormentan, la codicia que nos solicita, el orgullo que nos domina, los resentimientos que

nos exâsperan, las inquietudes que nos devoran; destruid los enemigos secretos que por todas partes nos tienden sus lazos, los pecados que nos humillan, los remordimientos que nos atormentan: ésta es la paz que desea nuestro corazon; pero pidamos al mismo tiempo y con la misma sollicitud que Dios nos una: pidamos la union de los corazones y de la voluntad: pidamos union de corazones por la caridad, union de espíritus por la sumision á los dogmas de la fe, union de voluntades por la práctica de todas las buenas obras, y esta oracion será la que condene las divisiones que reynan entre los miembros del cuerpo místico. Debemos renunciar con relacion á la fe todo sentimiento que no sea conforme á ella, prohibirnos toda disputa sobre materias de Religion, y toda opinion singular sobre el dogma y su moral, profesando con simplicidad de corazon quanto nos enseña la Iglesia, intérprete infalible de las verdades eternas.

Debemos con relacion á la caridad fortalecernos bien contra toda parcialidad, contra toda prevencion, con-

tra toda acepcion de personas, no formando sino un corazon y un alma con los que llevan el mismo carácter que nosotros, y tienen derecho á la misma felicidad. Debemos calmar segun nos sea posible toda querella, prevenir toda disension, disimular toda injuria, y contribuir á que la Iglesia de la tierra por la buena armonía que reyne en ella sea la émula y la imágen de la del cielo.

En fin, debemos reunir nuestras voluntades en la de Jesu-Cristo, y por consequencia reprimir la voluntad propia, que es el enemigo mas temible para no querer sino lo que Jesu-Cristo quiera y como lo quiera. Si subsistiese entre los fieles esta disposicion, resultaria una armonía perfecta en la práctica de las virtudes cristianas: se haria el bien con emulacion y sin envidia: se destruiria el mal con el zelo, pero sin aspereza; y se cumplirian las obligaciones de la piedad con fidelidad y sin hipocresía: sobre todo haríamos la limosna con sensibilidad, pero sin ostentacion y sin dureza. Todos los Cristianos meditarian la misma ley

294 *Instruccion sobre la oracion*

con frecuencia; cumplirian las mismas obligaciones con exáctitud; andarian por los mismos caminos con unanimidad, y llegarian al mismo término para gozar en él de las delicias de una union, y de una caridad eterna. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA CEREMONIA

DE BESAR LA PAZ.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PEDRO,
cap. 5. v. 14.

*Saludaos los unos á los otros en ósculo
santo.*

EL Príncipe de los Apóstoles no dirige estas palabras, sino á Cristianos verdaderamente espirituales, porque sabé que jamas confundirán las religiosas prácticas que les inspira con la peli-

grosa familiaridad que sugieren las pasiones, y que convidándolos á darse señales recíprocas de caridad, se acordarán que todo debe ser santo en ellos hasta los testimonios de la amistad mas tierna. Este mismo es el lenguaje de la Iglesia en la ceremonia que voy á explicaros; y queriendo darnos una idea del interes que toma en la paz de los fieles, nos convida para ella en el mas santo de los misterios, valiéndose de expresiones las mas santas para que abracen con gusto una exhortacion que produce tantos beneficios. Aprendamos pues de esta tierna Madre á saludarnos los unos á los otros en ósculo santo: es decir, aprendamos el sentido de una ceremonia que observa en todas las Misas solemnes, y que por su antigüedad, por los motivos que se propuso en su establecimiento, por el modo de usarla en los primeros siglos, y por las mudanzas que se han hecho despues, merece atencion particular. Hablo del uso de dar á besar la *Paz* inmediatamente despues de la oracion que os he explicado en el discurso antecedente, la qual voy á tratar siguiendo en to-

do á los Historiadores Sagrados. Oxalá que el efecto de estas reflexiones sea la renovacion de la caridad entre nosotros.

Las palabras del Apóstol San Pedro es evidente que fixan el origen de besar la paz, y San Agustin habla de este uso como que era de tradicion Apostólica. Despues de haber recitado el Sacerdote la oracion Dominical, es quando dice: *la Paz sea con vosotros*, y entonces se dan los Cristianos un ósculo mutuo. Esta es una señal de paz que presentan los labios, pero euidado no la desmienta el corazon. En esta reflexion del Santo Doctor se ve la ceremonia y el motivo que la estableció. Habiendo suplicado los Cristianos á Jesu-Cristo que los perdona así como perdonan á sus enemigos, es quando pidiéndole la paz, se dicen unos á otros: *la Paz sea con vosotros*.

En estas breves palabras teneis, hermanos mios, una idea de la antigüedad de esta ceremonia; y para que en una materia tan interesante no carezcais de la Instruccion debida, voy á explicaros los diferentes motivos que tuvo

la Iglesia para establecer su observancia. En los primeros siglos parece que los fieles iban ante todas cosas á postrarse delante del Altar, que despues se levantaban, y volviéndose unos á otros se comunicaban con un ósculo santo el deseo de la paz que habia infundido la caridad en su corazon, diciéndose *la Paz sea con vosotros*. Esta costumbre se siguió sin variacion alguna hasta el siglo trece. La simplicidad de aquellos tiempos, y la sinceridad en la práctica de la religion, no habian hecho degenerar en abuso las ceremonias mas santas. En estos primeros dias de fervor estaban muy distantes los Cristianos de la burla y el desprecio de una práctica que no tenia otro principio que el amor de Dios, ni otro objeto que el amor fraternal: sin embargo la discrecion de nuestros padres tomó precauciones muy sabias en este punto, porque los dos sexos estaban enteramente separados en la Iglesia, y así no podian ser una ocasion de distraccion, y mucho ménos de escándalo. ¿Pero qué mudanza de costumbres! ¿No se ve resfriada, ó por mejor decir, casi extinguida la caridad en unos tiempos en

que se necesitan mas que nunca señales exteriores para que se reanime y se introduzca de nuevo en los corazones? ¿Qué importa que la Iglesia haya substituido á este respetable uso el de dar la paz á los fieles, si ellos por su parte abrigan en su corazon el odio, el resentimiento y la crueldad? ¿No miran acaso estas prácticas como unas puras ceremonias dirigidas unicamente á recordar las antiguas costumbres? ¿No mantienen sus resentimientos en el mismo acto de dar este testimonio público de paz? Pero dexando este punto para mas adelante, sigamos la explicacion que nos hemos propuesto.

El uso de darse el ósculo mutuo se ha practicado por mucho tiempo en los Monasterios de uno y otro sexo, y aunque ha sido abolido en algunos, se conserva todavia en muchos de ellos, á lo ménos en las fiestas solemnes. En las Parroquias ya no subsiste tampoco, pero la Iglesia recuerda este uso con una imagen ó reliquia que se llama la paz. El Diácono se presenta al Sacerdote ántes de la segunda oracion que precede á la Comunión. Uno y otro besan el Altar segun los antiguos Sa-

eramentarios; pero el Sacerdote le besa en el medio, es decir cerca de la Hostia, á fin de tomar la paz en alguna manera en su mismo origen, esto es, en el corazon de Jesu-Cristo, cuyas acciones y palabras anunciaron la *Paz* en los tiempos de su vida mortal, y cuya sangre es un principio de *Paz* para los que le reciben santamente. Despues le presenta el Diácono la *Paz*, y el Sacerdote dice besándola: *la Paz, hermano, sea contigo, y reyne en la Iglesia santa de Dios*. Estas palabras deberian resonar inmediatamente en el fondo del corazon de todos los asistentes, pues aunque no sean admitidos á tomar una parte exterior en esta ceremonia, todos lo son para unirse á ella del modo mas íntimo.

Despues de haberse presentado la *Paz* á todos los que asisten y sirven en el Altar, se lleva á lo restante del Clero, y la Iglesia algunas veces desiere tambien este honor á los Príncipes y personas de alta clase, á quienes debe algun beneficio ó proteccion particular. En algunas Parroquias se concede tambien esta distincion á los mayordomos de fábrica para dar á enten-

der á todos los fieles que ellos participan de esta ceremonia en la persona que los representa. En fin algunas Iglesias particulares han conservado el uso de dar á besar la *Paz* á todos los que se preparan para comulgar. Veamos ahora las diferentes conseqüencias que pueden sacarse de esta ceremonia.

Pero ante todas cosas exáminemos el motivo que tiene la Iglesia para haberla establecido inmediatamente despues de la oracion dominical, y ántes de la Comunión. El Cristiano que esté instruido en el espíritu de esta oracion, y en las disposiciones que exige el mas augusto de nuestros Sacramentos, comprehenderá fácilmente la relacion que se halla entre todas las súplicas que contiene, y la señal de *Paz* que envia el Sacerdote á los asistentes desde el Altar. En esta circunstancia representa al Padre comun de los fieles que se acaba de invocar, el qual desde el mismo cielo donde habita vela sobre todos sus hijos, les manifiesta la misma voluntad, les prepara el mismo reyno, les distribuye el mismo pan, les perdona los mismos pecados é ingratitudes, les reconcilia unos con otros por la

caridad, les defiende de los mismos enemigos, y les preserva de los mismos males visibles é invisibles, corporales y espirituales, con tal que ellos no hagan sino un corazon y un alma, así como no hacen en Jesu-Cristo sino un mismo cuerpo místico. Por esta causa les dice de parte de este Padre de las misericordias: *la Paz sea con vosotros*: esto es, todos vuestros votos serán oídos, y este Dios rico en misericordias quiere corresponderos con mas de lo que piden vuestros deseos, con la condición de cumplir la promesa que haceis en su presencia. Pero como el símbolo de *Paz* que se les presenta, no es otra cosa que un débil garante de las promesas que hace el Ministro en su nombre, les ofrece el Sacramento de la *Paz*, y la Hostia pacífica, á fin de que con ella se alimenten en alguna manera de la *Paz*: que ella sea su propia substancia, que ella destierre de su corazon todo quanto pueda alterarla ó destruirla, y que por consecuencia arroje de sí los odios y los resentimientos, la envidia, y la prevencion, que son el germen de todas las pasiones, y de los deseos contrarios á su ley.

No insistiré sobre los motivos que han influido para interrumpir la costumbre antigua de darse mutuamente el ósculo de paz. Ya he dicho que la de-eencia, el órden y el recogimiento que pide la casa de Dios bastan para que nos penetremos de las miras que han determinado á la Iglesia para abolir este uso; pero ella por esto no dispensa á los fieles de darse en espíritu este ósculo santo, orando unos por otros, remitiéndose mutuamente las deudas, perdonándose las injurias, y excusándose con indulgencia sus faltas. Por tanto cada uno debe en este momento exáminar su corazon, y si le encuentra corrompido con la levadura de la animosidad, debe unirse prontamente al Dios de la *Paz*, y abrir su corazon para que le hable el espíritu de quien se dice en la Escritura, que sus palabras serán siempre de *Paz*. Esto supuesto no preguntemos, por qué se ha conservado y se conserva todavía en algunas Iglesias el uso de dar á besar la paz á los fieles que se disponen para recibir el Sacramento de la Comunion. Ya me parece que oigo á Jesu-Cristo, que desde el mismo Altar dice por la be-

ca de su Ministro á todos los Cristianos, y singularmente á los que se preparan para recibirle: *si fueres á ofrecer tu ofrenda al Altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, dexa allí tu ofrenda delante del Altar, y ve primeramente á reconciliarte con tu hermano.* Qualquiera pues, que tiene la presuncion de asistir á la Misa llevando su corazon lleno de rencor, ¿no contradice abiertamente este precepto? ¿No será para él en este instante un anatema? ¿No podremos decirle tú eres un extrangero en la mansion de la *Paz*, extrangero para Jesu-Cristo, que es el Príncipe de la *Paz*; para los fieles que no estan unidos entre sí sino por los vínculos de la *Paz*; en fin, extrangero para ti mismo que no has sido santificado sino por un Sacramento de reconciliacion y de *Paz*?

Para conocer, hermanos mios, la fuerza que da esta ceremonia á mis reflexiones, consideremos que el Sacerdote al tiempo de dar la *Paz* besa el Altar, que es la imágen de Jesu-Cristo, y en otro tiempo besaba la Hostia y el Cáliz, á fin de tomar la *Paz*, como he dicho ántes en su misma fuente; pe-

ro me ocurre aquí una reflexion muy terrible para qualquiera que se atreva á asistir al Sacrificio de la Misa con disposiciones contrarias á la *Paz*. Este beso dado á Jesu-Cristo, y recibido de Jesu-Cristo, se da y se recibe en vuestro nombre, porque el Sacerdote está en el Altar entre Dios y nosotros, es nuestro Ministro, y el suyo, nuestro representante y su embajador. ¿Habeis pensado alguna vez que nosotros en este momento somos los que nos acercamos á Jesu-Cristo, los que le *besamos* y pedimos la *Paz*, miéntras que se la rehusamos á nuestro hermano, que es ménos pecador que nosotros, y ménos indigno que nosotros de conseguirla? ¿Puede acaso compararse el crimen que cometemos entónces al del pérfido Apóstol? No, no digo bastante, porque renovamos contra Jesu-Cristo en los dias de su gloria un ultrage que no experimentó de su ingrato discípulo en los dias que tenia destinados para sus humillaciones y sus oprobrios. Y por ventura ¿no hemos renovado mas de una vez este ultrage? ¿Quando rehusamos sondear nuestro corazon sobre la obligacion de la

caridad fraterna ¿no nos exponemos á renovarle todos los dias sin sentirlo?

No se crea que se goza de la paz interior, y que se conserva para con el próximo esta buena disposicion porque no encontramos entrando dentro de nosotros mismos esa cruel voluntad de volver mal por mal, de oponer una injuria á otra injuria, ni porque carecemos de esa alegría maligna, y secreta que inspira el espíritu de venganza, quando hemos humillado á nuestro enemigo: no se crea, repito, que gozamos de la *Paz* quando nos postramos con cierta moderacion, hablando de aquellas personas que nos han hecho alguna ofensa: entónces nos parecemos á esos pecadores que nos pinta el Profeta quando dice: *hablan palabras de paz con su próximo; pero la levadura del rencor ha corrompido ó infectado su corazon*. Sí, nos parecemos en verdad á estos hombres siempre que no procuramos evitar la prevencion, la frialdad, la indiferencia, y el desprecio contra los que nos han causado algun daño, ó los miramos como nuestros enemigos: entónces es quando la Iglesia nos da grandes voces, diciendo: *la Paz*

sea con vosotros. No haya medida en el perdon que deis á vuestros hermanos, si quereis imitar á Jesu-Cristo, y que os dispense Dios su misericordia. La caridad no hace acepcion de personas, ni puede acomodarse con la indiferencia. Los vengativos ocultos son muchas veces mas peligrosos y mas culpables á los ojos de Dios que los vengativos declarados.

¡ Ah, si yo pudiese dar á esta verdad de suyo inagotable toda la extension que admite! El Apóstol recordaba sin cesar á sus discípulos la caridad, y ciertamente este es un punto de moral que observado por un Cristiano, segun corresponde, puede decir que nada le falta: así os diré con San Agustin: yo quisiera siempre hablaros de la *Paz*, recomendaros siempre la *Paz*, veros unidos siempre por la *Paz*, porque de esta suerte viviria tranquilo, y estaria seguro de que ella os conducia á la felicidad eterna. Así sea.